

MARCEL PROUST
COMBRAY

MARCEL PROUST
COMBRAY

Ilustraciones de
Juan Berrio

Traducción y edición,
anotada y puesta al día de
Mauro Armíño

Nørdicalibros
2022

© De la edición, traducción y notas: Mauro Armiño

© De las ilustraciones: Juan Berrio

© De esta edición: Nórdica Libros S. L.

C/ Doctor Blanco Soler, 26 - C. P. 28044, Madrid

Tlf.: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: septiembre de 2022

ISBN: 978-84-19320-24-7

Depósito Legal: M-21952-2022

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Mundo

A Coruña



Diseño de colección: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y

Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A LA BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO

POR LA PARTE DE SWANN

A *Monsieur* Gaston Calmette¹
Como testimonio de profunda
y afectuosa gratitud
MARCEL PROUST

¹ Gaston Calmette (1858-1914) dirigió *Le Figaro* desde 1900 hasta el 16 de marzo de 1914, fecha en que fue asesinado en su despacho de un disparo por la mujer del ministro de Finanzas Joseph Caillaux, ministro progresista contra el que *Le Figaro* había hecho campaña. Calmette abrió en 1900 las páginas del periódico a Proust, en cuyo suplemento publicó ocho de sus pastiches (1908-1909). En esta última fecha, Proust pensó en el periódico para editar fragmentos de su novela, pero solo en marzo, junio y septiembre de 1912 y marzo de 1913. se hicieron realidad sus intentos. (*Todas las notas son del traductor*).

Primera parte

COMBRAY

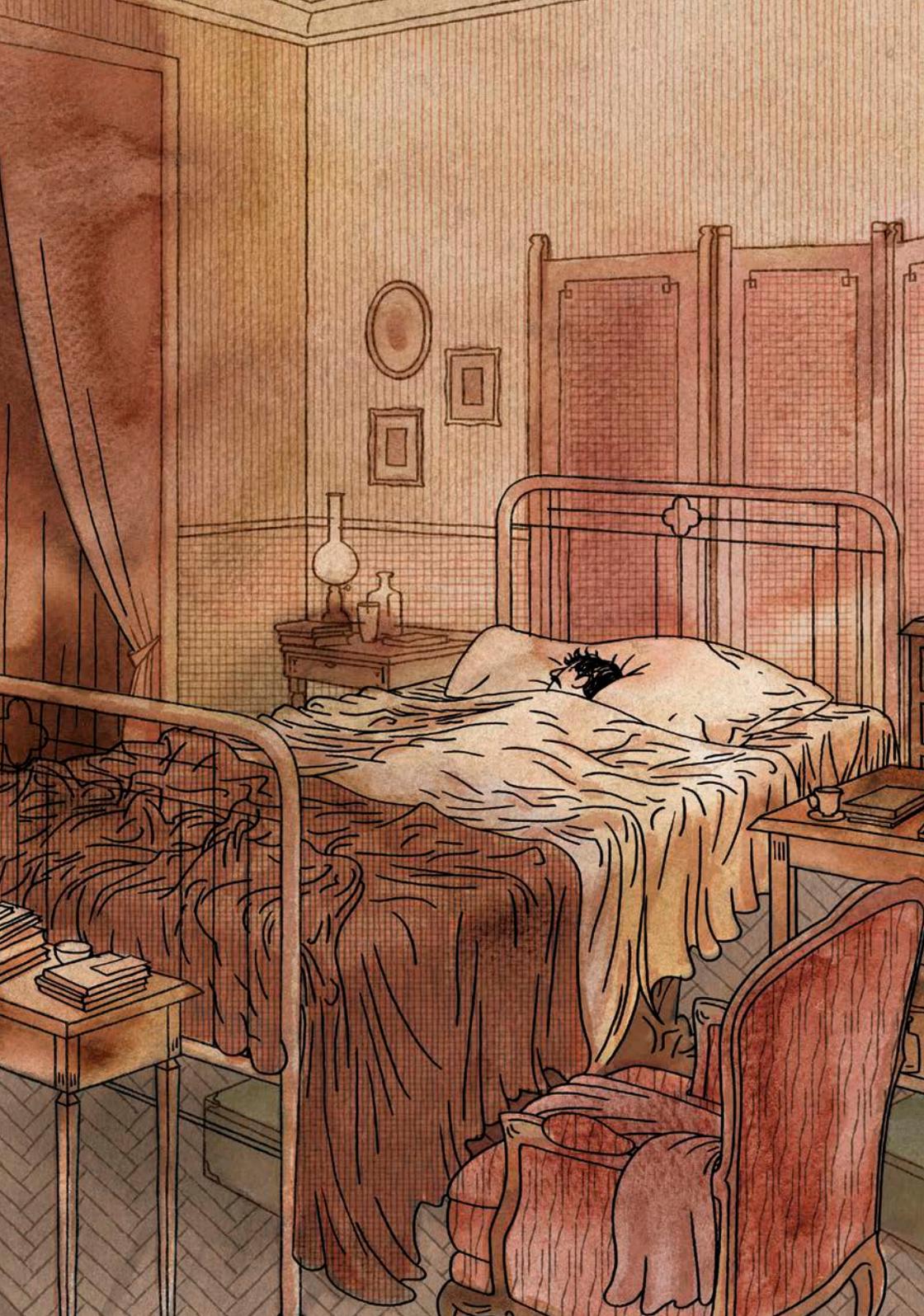
I

Durante mucho tiempo me acosté temprano. A veces, apenas apagada la vela, mis ojos se cerraban tan deprisa que no tenía tiempo de decirme: «Me duermo». Y media hora después me despertaba la idea de que ya era hora de buscar el sueño: quería dejar el libro que aún creía tener en las manos y soplar mi luz; no había cesado de reflexionar sobre lo que acababa de leer mientras dormía, pero esas reflexiones habían tomado un giro algo particular: me parecía que era yo mismo aquello de lo que hablaba la obra: una iglesia, un cuarteto, la rivalidad entre Francisco I y Carlos Quinto. Esa creencia sobrevivía unos segundos a mi despertar: no chocaba a mi razón, pero pesaba como escamas sobre mis ojos y les impedía darse cuenta de que la vela ya no estaba encendida. Luego empezaba a volverse ininteligible, como después de la metempsicosis los pensamientos de una existencia anterior; el asunto del libro se desprendía de mí, y yo era libre de centrarme o no en él; enseguida recuperaba la vista y quedaba atónito al encontrar en torno mío una oscuridad suave y sosegada para mis ojos, aunque quizá más todavía para mi mente, a la que se presentaba como algo sin causa, incomprensible, como algo verdaderamente oscuro. Me preguntaba qué hora podía ser; oía el pitido de los trenes que, más o menos lejano, como el canto de un pájaro en un bosque, determinando las distancias, me describía la extensión del campo desierto donde el viajero se apresura hacia la estación cercana; y el sendero que sigue va a quedar grabado en su recuerdo por la excitación que debe a unos lugares nuevos, a unos

actos insólitos, a la reciente charla y a la despedida bajo la lámpara extraña que todavía lo siguen en el silencio de la noche, a la dulzura próxima del regreso.

Apoyaba delicadamente mis mejillas contra las hermosas mejillas de la almohada que, llenas y frescas, son como las mejillas de nuestra infancia. Rascaba una cerilla para mirar el reloj. Pronto medianoche. Ese es el instante en que el enfermo que se ha visto obligado a salir de viaje y ha debido acostarse en un hotel desconocido, despertado por una crisis, se alegra al percibir bajo la puerta una raya de luz. ¡Qué gozo, ya es de día! Dentro de un momento los criados estarán levantados, podrá llamar, vendrán a traerle ayuda. La esperanza de ser aliviado le da el valor para sufrir. Precisamente ha creído oír pasos; los pasos se acercan, luego se alejan. Y la raya de luz que había debajo de su puerta ha desaparecido. Es medianoche: acaban de apagar el gas; el último criado se ha ido y tendré que permanecer toda la noche sufriendo sin remedio.

Volvía a dormirme, y a veces solo me despertaba un breve instante, el tiempo de oír los crujidos orgánicos de los artesonados, de abrir los ojos para fijar el caleidoscopio de la oscuridad, de saborear gracias a un vislumbre momentáneo de conciencia el sueño en que estaban sumidos los muebles, el cuarto, el todo aquel del que yo solo era una pequeña parte y a cuya insensibilidad volvía a unirme de inmediato. O bien mientras dormía había alcanzado sin esfuerzo una época por siempre pasada de mi vida primitiva, había encontrado alguno de mis terrores infantiles, como el de que mi tío abuelo me tirase de los rizos y que se había disipado el día —inicio para mí de una era nueva— en que me los habían cortado. Durante el sueño había olvidado ese acontecimiento, cuyo recuerdo recobraba nada más despertarme para escapar de las manos de mi tío abuelo, pero, como medida de precaución, envolvía por completo mi cabeza con la almohada antes de regresar al mundo de los sueños.



A veces, igual que Eva nació de una costilla de Adán, una mujer nacía durante mi sueño de una falsa postura de mi muslo. Formada por el placer que estaba a punto de gozar, imaginaba que era ella quien me lo ofrecía. Mi cuerpo, que sentía en el suyo mi propio calor, quería unirse a él, y me despertaba. El resto de los humanos me parecía como muy lejano comparado con aquella mujer a la que había dejado hacía apenas unos instantes: todavía guardaba mi mejilla el calor de su beso, mi cuerpo seguía extenuado por el peso de su talle. Si, como a veces ocurría, tenía los rasgos de una mujer que yo había conocido en la vida, iba a entregarme por completo a ese fin: encontrarla, como esos que parten de viaje para ver con sus propios ojos una ciudad deseada y se figuran que pueden disfrutar en una realidad el hechizo de lo soñado. Poco a poco iba desvaneciéndose su recuerdo, había olvidado a la muchacha de mi sueño.

Un hombre que duerme tiene en círculo a su alrededor el hilo de las horas, el orden de los años y de los mundos. Al despertarse los consulta por instinto y en un segundo lee en ellos el punto de la tierra que ocupa, el tiempo que ha transcurrido hasta su despertar; pero sus hileras pueden mezclarse, romperse. Si hacia el amanecer, tras algún insomnio, el sueño lo atrapa mientras lee, en una postura demasiado distinta de aquella en que habitualmente duerme, basta su brazo levantado para detener y hacer retroceder el sol, y en el primer minuto de su despertar no sabrá siquiera la hora, pensará que apenas acaba de acostarse. Y si se adormece en una postura todavía más desplazada y divergente, sentado, por ejemplo, después de la cena en un sillón, entonces será completa la conmoción en los mundos salidos de sus órbitas, el sillón mágico le hará viajar a toda velocidad en el tiempo y en el espacio, y en el instante de abrir los párpados creará haberse acostado varios meses antes en otra región. Pero bastaba que, en mi cama misma, mi sueño fuese profundo y sosegase por completo mi espíritu; entonces este abandonaba el

plano del lugar en que me había dormido, y cuando me despertaba en mitad de la noche, por ignorar dónde me encontraba, en un primer momento no sabía siquiera ni quién era; solo tenía, en su simplicidad primera, la sensación de la existencia como puede temblar en el fondo de un animal; me encontraba más desprovisto que el hombre de las cavernas; pero entonces el recuerdo —aún no del lugar en que me hallaba, sino de algunos de aquellos donde había vivido y donde habría podido estar— venía a mí como una ayuda desde lo alto para sacarme de la nada de la que nunca habría podido salir solo; en un segundo pasaba por encima de siglos de civilización, y la imagen confusamente vislumbrada de lámparas de petróleo, luego de camisas de cuello vuelto, iban recomponiendo poco a poco los rasgos originales de mi yo.

La inmovilidad de las cosas que nos rodean tal vez venga impuesta por nuestra certeza de que son ellas y no otras, por la inmovilidad de nuestro pensamiento frente a ellas. Lo cierto es que, cuando despertaba así, con mi espíritu agitándose para intentar saber, sin conseguirlo, dónde estaba, todo daba vueltas a mi alrededor en la oscuridad, las cosas, los países y los años. Demasiado embotado para moverse, mi cuerpo trataba de determinar, por la forma de su fatiga, la posición de sus miembros para inducir por ella la dirección de la pared, la ubicación de los muebles, para reconstruir y dar nombre a la morada en que se encontraba. Su memoria, la memoria de sus costillas, de sus rodillas, de sus hombros, le presentaba una tras otra varias alcobas donde había dormido, mientras a su alrededor las invisibles paredes, cambiando de sitio según la forma de la habitación imaginada, remolineaban en las tinieblas. Y antes incluso de que mi pensamiento, que vacilaba en el umbral de los tiempos y de las formas, hubiera identificado la casa relacionando sus circunstancias, él —mi cuerpo— iba recordando para cada una el tipo de cama, el sitio de las puertas, la orientación de las ventanas, la existencia de un

pasillo, junto con la idea que de ellos me hacía al dormirme y que encontraba de nuevo al despertar. Intentando adivinar su orientación, mi costado anquilosado se imaginaba, por ejemplo, tumbado de cara a la pared en un gran lecho con baldaquino, y al punto me decía: «Vaya, he terminado durmiéndome aunque no haya venido mamá a darme las buenas noches», estaba en el campo, en casa de mi abuelo, muerto hacía muchos años; y mi cuerpo, el costado sobre el que descansaba, fieles guardianes de un pasado que mi espíritu nunca habría debido olvidar, me recordaban la llama de la lamparilla de cristal de Bohemia en forma de urna, suspendida del techo por unas cadenas, la chimenea de mármol de Siena en mi dormitorio de Combray, en casa de mis abuelos, en días lejanos que en aquel momento se me antojaban actuales sin representármelos exactamente y que volvería a ver mucho mejor dentro de poco, cuando despertara del todo.

Luego renacía el recuerdo de una nueva actitud; la pared pasaba volando en otra dirección: me encontraba en mi cuarto de la casa de Mme. de Saint-Loup, en el campo: ¡Dios mío, son por lo menos las diez, deben haber terminado de cenar! Habré prolongado demasiado la siesta que me echo todas las tardes cuando vuelvo de pasear con Mme. de Saint-Loup, antes de ponerme el frac. Porque han pasado muchos años desde Combray, cuando, en nuestros regresos más tardíos a casa, eran los reflejos rojos del poniente lo que veía en la vidriera de mi ventana. Es distinta la clase de vida que se hace en Tansonville, en casa de Mme. de Saint-Loup, otra la clase de placer que siento al salir únicamente de noche, a seguir a la luz de la luna aquellos caminos donde en otro tiempo jugaba al sol; y el cuarto donde me habré adormilado en lugar de vestirme para la cena, lo vislumbro de lejos, cuando volvemos a casa, tras pasado por las luces de la lámpara, único faro en la noche.

Estas evocaciones arremolinadas y confusas nunca duraban más allá de unos segundos; a menudo, esa breve incertidumbre del

lugar en que me hallaba no distinguía unas de otras las diversas superposiciones de que estaba hecha, mejor de lo que, cuando vemos correr a un caballo, aislamos las sucesivas posturas que el cinoscopio² nos muestra. Pero unas veces unos y otras otros, había vuelto a ver los cuartos donde me había alojado a lo largo de mi vida, y terminaba por recordármelos todos en los largos ensueños que seguían a mi despertar; cuartos de invierno donde, cuando estamos acostados, arrebujamos la cabeza en un nido que tejemos con las cosas más dispares: una punta de la almohada, el embozo de las mantas, el pico de un mantón, el borde de la cama y un número de los *Débats Roses*³, que acabamos por cimentar juntas siguiendo la técnica de los pájaros, que se apoyan un número infinito de veces en ellas; donde el placer que se disfruta cuando el tiempo es glacial es sentirse aislado del exterior (como la golondrina de mar, que tiene su nido en el fondo de un subterráneo en el calor de la tierra), y donde, mantenido el fuego en la chimenea toda la noche, nos dormimos dentro de un gran manto de aire cálido y humoso, atravesado por los resplandores de los tizones reavivados, especie de impalpable alcoba, de cálida caverna excavada en el seno del cuarto mismo, zona ardiente y móvil en sus contornos térmicos, aireada por soplos que nos refrescan la cara y que proceden de los rincones, de las partes contiguas a la ventana o distantes del hogar, y que se han enfriado; — cuartos de verano donde gusta estar unidos a la noche tibia, donde el claro de luna apoyado en los postigos entreabiertos tiende hasta el pie de la cama su escala encantada, donde dormimos casi al aire libre, como el paro mecido por la brisa en el lomo de un surco; — a veces el cuarto estilo Luis XVI,

² Aparato construido por Edison en 1894, que permitía la visión de fotografías en movimiento; perfeccionado, dio origen al cinematógrafo, del que fue uno de los precursores inmediatos.

³ El *Journal des Débats*, uno de los órganos de los republicanos conservadores, empezó a publicar en marzo de 1893 una edición de tarde en papel rosa y blanco.

tan alegre que, en él, ni siquiera la primera noche me sentía demasiado desgraciado y donde las columnillas que sostenían ligeramente el techo se apartaban con tanta gracia para mostrar y reservar el lugar de la cama; — otras veces, en cambio, aquel cuarto, pequeño y de techo tan alto, excavado en forma de pirámide hasta la altura de dos pisos y revestido en parte de caoba, donde desde el primer segundo había quedado moralmente intoxicado por la fragancia desconocida del vetiver, convencido de la hostilidad de las cortinas color violeta y de la insolente indiferencia del reloj de péndulo que parloteaba en voz alta como si no estuviese yo allí; — donde un extraño y despiadado espejo de pie cuadrangular, cerrando oblicuamente uno de los ángulos del cuarto, se hundía en vivo en la dulce plenitud de mi campo visual habituado a un emplazamiento que no estaba previsto; — donde mi pensamiento, esforzándose horas y horas por dislocarse, por estirarse hacia lo alto para adoptar exactamente la forma de la habitación y llegar a colmar hasta arriba su gigantesco embudo, había soportado muchas noches duras, mientras yo permanecía echado en la cama, con los ojos abiertos, ansioso el oído, reacia la nariz, palpitante el corazón; hasta que la costumbre hubo cambiado el color de las cortinas, acallado el péndulo, enseñado piedad al espejo oblicuo y cruel, disimulada, si no expulsada del todo, la fragancia del vetiver y menguado notablemente la altura aparente del techo. ¡La costumbre! Hábil aposentadora aunque lentísima y que empieza por dejar sufrir a nuestro espíritu durante semanas en una instalación provisional; pero que, pese a todo, se siente feliz de encontrar, porque sin la costumbre y reducida a sus solos medios, sería incapaz de hacernos habitable una morada.

Ahora, desde luego, estaba bien despierto, mi cuerpo se había dado la vuelta una última vez y el ángel bueno de la certidumbre había detenido todo a mi alrededor, me había acostado debajo de mis mantas, en mi cuarto, y en la oscuridad había colocado más o menos

en su sitio mi cómoda, mi escritorio, mi chimenea, la ventana que daba a la calle y las dos puertas. Pero, por más que supiese que no estaba en las casas cuya ignorancia del despertar me había en un instante si no presentado la imagen nítida, al menos hecho creer en su posible presencia, mi memoria ya se había puesto en movimiento; por regla general no intentaba volver a dormirme enseguida: pasaba la mayor parte de la noche recordando nuestra vida de antaño, en Combray, en casa de mi tía abuela, en Balbec, en París, en Doncières, en Venecia, en otras partes, recordando los lugares, las personas que allí había conocido, lo que de ellas había visto, lo que de ellas me habían contado.

En Combray, todos los días desde el final de la tarde, mucho antes del momento en que tendría que meterme en la cama y permanecer, sin dormir, lejos de mi madre y de mi abuela, mi dormitorio se convertía en el punto fijo y doliente de mis preocupaciones. Para distraerme las noches en que me veían un aire demasiado desdichado, se les había ocurrido darme una linterna mágica; por eso, mientras aguardábamos la hora de la cena, cubrían mi lámpara, que, al modo de los primeros arquitectos y maestros vidrieros de la edad gótica, sustituía la opacidad de las paredes por irisaciones impalpables, por sobrenaturales apariciones multicolores donde se pintaban leyendas como en una vidriera vacilante y momentánea. Pero mi tristeza no hacía sino aumentar, porque bastaba el cambio de iluminación para destruir la costumbre que yo tenía de mi cuarto, gracias a la cual, salvo el suplicio de acostarme, se me había vuelto soportable. Ahora no la reconocía y en ella me sentía inquieto, como en un cuarto de hotel o de «chalet», al que hubiese llegado por primera vez tras apearme del tren.

Al paso brusco de su caballo, Golo, imbuido de un atroz desig-
nio, salía del bosquecillo triangular que aterciopelaba de un verde
sombrió la ladera de una colina, y avanzaba a trancos hacia el castillo

de la pobre Genoveva de Brabante⁴. El perfil de ese castillo se recortaba siguiendo una línea curva que no era sino el límite de uno de los óvalos de vidrio dispuestos en el bastidor que se deslizaba entre las guías de la linterna. No era más que un lienzo de castillo y delante se extendía una landa donde Genoveva soñaba que llevaba un cinturón azul. El castillo y la landa eran amarillos y yo no había esperado a verlos para saber su color porque, antes que los cristales del bastidor, me lo había mostrado con evidencia la sonoridad *mordoré*⁵ del nombre de Brabante. Golo se detenía un instante para escuchar entristecido la perorata que leía en voz alta mi tía abuela y que él parecía comprender perfectamente, ajustando su actitud con una docilidad no exenta de cierto empaque majestuoso, a las indicaciones del texto; luego se alejaba con el mismo paso brusco. Y nada podía detener su lenta cabalgada. Si movía la linterna, distinguía el caballo de Golo que seguía avanzando sobre las cortinas de la ventana, abombándose en sus pliegues y hundiéndose en sus hendiduras. El cuerpo mismo de Golo, de una esencia tan sobrenatural como el de su montura, se adaptaba a cualquier obstáculo material, a cualquier objeto embarazoso que hallase tomándolo como osamenta y volviéndoselo interior, aunque fuese el pomo de la puerta al que se adaptaba enseguida y sobre el que flotaban invenciblemente su rojo vestido o su rostro pálido, siempre igual de noble e igual de melancólico, sin que dejara traslucir el menor trastorno por aquella transverberación.

⁴ Leyenda medieval popularizada durante la Edad Media: Genoveva, hija del duque de Brabante y esposa de Sigfrido, conde palatino de Tréveris, fue acusada de adulterio por su propio intendente, el senescal Golo, que había intentado seducirla. A su regreso de la guerra de Carlos Martel contra los árabes en el siglo VIII, Sigfrido la condenó a muerte; pero apiadados los servidores encargados de cumplir la sentencia, la abandonaron en un bosque, donde su hijo fue amamantado por una cierva. Muchos años después, durante una cacería, Sigfrido persigue a la cierva, que lo conduce hasta la caverna donde vive su esposa. Tras el triunfo de la inocencia de la mujer, Golo fue descuartizado.

⁵ De color morado claro que tira a rojo, con reflejos dorados.



Encontraba, desde luego, cierta fascinación en aquellas brillantes proyecciones que parecían emanar de un pasado merovingio y paseaban a mi alrededor reflejos de historia tan antiguos. Pero no puedo decir el malestar que sin embargo me causaba aquella intrusión del misterio y de la belleza en un cuarto que había terminado por llenar con mi yo hasta el punto de no prestar más atención a una que a otro. Una vez que cesaba la influencia anestésica de la costumbre, me ponía a pensar, a sentir, cosas muy tristes. Aquel pomo de la puerta de mi cuarto, que para mí se diferenciaba de todos los demás pomos de puerta del mundo porque parecía abrir totalmente solo, sin que yo tuviese necesidad de girarlo, tan inconsciente había llegado a serme su manejo, resulta que ahora servía de cuerpo astral a Golo. Y cuando la campanilla llamaba para la cena, me apresuraba a correr al comedor donde la gruesa lámpara de suspensión, que nada sabía de Golo ni de Barba Azul, y que conocía a mis padres y el estofado de buey, daba su luz de todas las noches; y a caer en brazos de mamá a quien las desgracias de Genoveva de Brabante me volvían más querida, mientras los crímenes de Golo me impulsaban a examinar con mayores escrúpulos mi propia conciencia.

Después de la cena, por desgracia, estaba obligado a separarme de mamá, que se quedaba hablando con los otros, en el jardín si el tiempo era bueno, en el saloncito adonde todo el mundo se retiraba si hacía malo. Todo el mundo, menos mi abuela, para quien «en el campo, quedarse encerrado es una lástima», y que tenía continuas discusiones con mi padre, los días en que llovía demasiado, porque me mandaba a leer a mi cuarto en vez de permitir que me quedase fuera. «No es así como lo volverá usted robusto y energético, decía en tono triste, y menos a este niño que tanta necesidad tiene de ganar fuerzas y voluntad». Mi padre se encogía de hombros y examinaba el barómetro, porque le gustaba la meteorología, mientras mi madre, evitando hacer ruido para no molestarlo, lo miraba con un respeto

enternecido, pero sin demasiada insistencia para no tratar de penetrar el misterio de sus superioridades. Mientras que a mi abuela, en todo tiempo, incluso cuando la lluvia hacía estragos y Françoise había metido corriendo los preciosos sillones de mimbre por miedo a que se mojaran, se la veía en el jardín vacío y azotado por el chaparrón, levantándose los mechones desordenados y grises para que la frente se empapase mejor con la salubridad del viento y de la lluvia. «¡Por fin se respira!», decía, y recorría las mojadas alamedas —alineadas con una simetría excesiva para su gusto por el nuevo jardinero, carente del sentimiento de la naturaleza y a quien mi padre había preguntado por la mañana si el tiempo se arreglaría— con su pasito entusiasta y brusco, regulado por los diversos impulsos que excitaban en su alma la ebriedad de la tormenta, la potencia de la higiene, la estupidez de mi educación y la simetría de los jardines, antes que por el deseo para ella desconocido de evitar a su falda color ciruela las manchas de barro bajo las que desaparecía hasta una altura que para su doncella era siempre una desesperación y un problema.

Cuando esas vueltas al jardín de mi abuela ocurrían después de la cena, solo una cosa era capaz de hacerla entrar en casa: era —en uno de los momentos en que la revolución de su paseo la traía periódicamente, como a un insecto, frente a las luces del saloncito donde acababan de servirse los licores en la mesa de juego— cuando mi tía abuela le gritaba: «¡Bathilde! ¡Ven a impedir que tu marido beba coñac!». En efecto, para hacerla rabiar (había aportado a la familia de mi padre un espíritu tan distinto que todo el mundo le gastaba bromas y la atormentaba), como al abuelo le estaban prohibidos los licores, mi tía abuela lo inducía a beber algunas gotas. Mi pobre abuela entraba corriendo a suplicar ardientemente a su marido que no probara el coñac; él se enfadaba, bebía de todos modos un trago, y mi abuela volvía a irse, triste, desanimada y sin embargo risueña, porque era tan humilde de corazón y tan dulce que su ternura con los demás y el poco caso que

hacía de su propia persona y de sus sufrimientos se conciliaban en su mirada en una sonrisa donde, contrariamente a lo que se ve en la cara de muchos seres humanos, solo había ironía hacia ella misma, y para todos nosotros una especie de beso de sus ojos que no podían ver a los que amaba sin acariciarlos apasionadamente con la mirada. Ese suplicio que le infligía mi tía abuela, el espectáculo de los vanos ruegos de mi abuela y de su debilidad, vencida de antemano, tratando inútilmente de quitar a mi abuelo el vaso de licor, era una de esas cosas a cuya vista uno se habitúa más tarde, hasta el punto de considerarlas riendo y de ponerse de parte del perseguidor con resolución y alegría suficientes para persuadirse a sí mismo de que no se trata de una persecución; entonces me inspiraban tal horror que habría deseado pegar a mi tía abuela. Pero en cuanto oía: «¡Bathilde! ¡Ven a impedir que tu marido beba coñac!», hombre ya por la cobardía, hacía lo que todos hacemos, una vez que somos mayores, cuando delante de nosotros hay sufrimientos e injusticias: no quería verlos; subía a sollozar a lo más alto de la casa, junto a la sala de estudio, bajo los tejados, en un cuartito que olía a lirios, y que también perfumaba un grosellero silvestre que crecía fuera, entre las piedras del muro, y que pasaba una rama florida por la ventana entreabierta. Destinada a un uso más específico y más vulgar, ese cuarto, desde donde de día se veía hasta el torreón de Roussainville-le-Pin, me sirvió mucho tiempo de refugio, sin duda porque era el único que me estaba permitido cerrar con llave, para todas aquellas ocupaciones que me exigían una soledad inviolable: la lectura, la ensoñación, las lágrimas y la voluptuosidad. ¡Ay!, ignoraba que mi falta de voluntad, mi salud delicada, y la incertidumbre que proyectaban sobre mi futuro entristecían más a mi abuela que los leves descarríos del régimen de su marido, durante su incesante deambular de la tarde y de la noche, cuando se veía pasar una y otra vez, oblicuamente alzado hacia el cielo, su hermoso rostro de mejillas morenas y surcadas de arrugas, vueltas con el paso de los años casi malvas como los campos arados

en otoño, cruzadas, si salía, por un velillo recogido a medias, y en las que siempre estaba a punto de secarse una involuntaria lágrima puesta allí por el frío o algún pensamiento triste.

Mi único consuelo, cuando subía a acostarme, era que mamá vendría a darme un beso cuando estuviese metido en la cama. Pero esa despedida duraba tan poco, volvía a bajar ella tan deprisa, que el momento en que la oía subir, en que luego avanzaba por el corredor de doble puerta, el ligero rumor de su vestido de jardín de muselina azul, del que colgaban unos cordoncillos de paja trenzada, era para mí un momento doloroso. Anunciaba el que había de seguirle, cuando me habría abandonado, cuando habría vuelto a bajar. De modo que llegaba a desear que aquellas buenas noches que tanto amaba vienesen lo más tarde posible, que se prolongara el tiempo de tregua en que mamá aún no había venido. A veces, cuando después de haberme dado un beso abría la puerta para irse, deseaba llamarla, decirle «dame otro beso», pero yo sabía que al instante pondría cara de enfado, porque la concesión que hacía a mi tristeza y a mi agitación subiendo a besarme, trayéndome aquel beso de paz, irritaba a mi padre que consideraba absurdos aquellos ritos, y a ella le hubiera gustado tratar de hacerme perder su necesidad, su hábito, en vez de dejarme adquirir el de pedirle, cuando ya estaba en el umbral de la puerta, un beso más. Y verla enfadada destruía toda la calma que un momento antes me había aportado, cuando, inclinando hacia mi cama su rostro cariñoso, me lo había tendido como una hostia para una comunión de paz de la que mis labios sacarían su presencia real y el poder para dormirme. Pero aquellas noches en que mamá, en suma, se quedaba tan poco tiempo en mi cuarto, eran dulces todavía en comparación con aquellas en las que había gente a cenar y en las que, por ese motivo, no subía a darme las buenas noches. La gente solía limitarse al señor Swann, quien, salvo algunos extraños de paso, era casi la única persona que vino a nuestra casa en Combray, unas

veces para cenar como vecino (con mucha menor frecuencia desde que había hecho aquella mala boda, pues mis padres no querían recibir a su mujer), otras después de la cena, de improviso. Las noches en que, sentados delante de la casa bajo el gran castaño, alrededor de la mesa de hierro, oíamos al fondo del jardín no el cascabel abundante y chillón que rociaba, que aturdiría al pasar con su ruido ferruginoso, inagotable y helado a toda persona de la casa que lo ponía en movimiento al entrar «sin llamar», sino el doble tintineo tímido, oval y dorado de la campanilla para extraños, todo el mundo se preguntaba inmediatamente: «Una visita, ¿quién puede ser?», pero sabíamos de sobra que solo podía ser el señor Swann; mi tía abuela, hablando en voz alta, para predicar con el ejemplo, en un tono que se esforzaba por volver natural, decía que no cuchicheásemos de aquel modo; que no hay nada más descortés para una persona que llega y a quien eso hace pensar que estaban diciéndose cosas que ella no debe oír; y enviaban en descubierta a mi abuela, siempre feliz de tener un pretexto para dar otra vuelta más al jardín, y que aprovechaba para arrancar a escondidas, al pasar, algunos rodrigones de rosal, a fin de devolver a las rosas un poco de naturaleza, como una madre que, para ahuecarlos, pasa la mano por los cabellos de su hijo que el peluquero ha aplastado demasiado.

Todos quedábamos pendientes de las noticias que mi abuela iba a traernos del enemigo, como si hubiéramos podido dudar entre un gran número posible de asaltantes, y enseguida mi abuelo decía: «Reconozco la voz de Swann». De hecho solo se lo reconocía por la voz, se distinguía mal su rostro de nariz aguileña, de ojos verdes, bajo una alta frente rodeada por unos cabellos rubios, casi rojizos, peinados a lo Bressant⁶, porque manteníamos la mínima luz posible en el jardín

⁶ Corte de pelo a cepillo por delante y bastante largo por detrás, puesto de moda por el actor Prosper Bressant (1815-1886), que ganó celebridad sobre los escenarios